

Fascinantes Fascinados¹

COSTA MARIÁNGELES - CARLOS R. DAVICINO
AGUSTÍN BARANDIARÁN

Jaques Lacan plantea, en su seminario *La relación de objeto* cómo el niño descubre que no es suficiente para colmar el agujero materno, siendo determinante para cada sujeto la relación que la mujer, su madre, tiene con su propia falta y cómo el niño se inscribe en esa relación.

¹ Que lo categórico no vele la falacia conclusiva del estado actual de este trabajo. Esto no es una añoranza del Amo antiguo, pues este no es más que un Semblante y un “cadáver insatisfecho” desde el punto de vista del goce, pues cada vez que se la juega, sacrifica goce para obtener un significante.

Sin embargo, el Amo es una referencia para el neurótico, y si la pierde el sujeto se angustia, entra en pánico, sufre la soledad del desamparo... Ahora, el Discurso Analítico es el revés del Discurso del Amo, apunta a desconsistir esa creencia en él, para avanzar a pura división por la vía de lo no-sabido (división que la posición del Amo pretende obturar con un Ser); destituyendo las representaciones que un sujeto tiene en el Otro; ubicando el Objeto a plus de goce en el lugar del analista y no en el mercado que empuja al sacrificio en pos de un ¡Todos Amos!

Debe revelar que ese plus de goce es imposible, separando al Sujeto del Objeto (pues para el fantasma el Objeto a es una zanahoria), y correlativamente de los ideales e identificaciones que responden al Discurso Amo; propiciando la caída de ese SsS; yendo más allá del Edipo y sus determinaciones, para arribar al: No hay Otro. Por lo tanto, este trabajo de investigación continúa (advertido de la imposibilidad de un Todo-Consistente) por la vía del No-todo...

El caso Juanito se torna paradigmático para pensar cómo llega desde esa tríada imaginaria, de ser el falo imaginario hasta la castración. El pasaje del falo imaginario al falo simbólico y/o su posible devenir hacia un “nuevo tipo” de virilidad.

Lacan sitúa elementos reales por los cuales Juanito sufre una caída de ese lugar que tenía en el Otro y en el mundo a nivel de ese objeto fálico metonímico: el nacimiento de su hermana; el advenimiento de las sensaciones en su pene real, y la “sentencia” materna de que eso es una porquería. El punto es que no resulta posible una integración de esto al mundo simbólico del pequeño sujeto y así, la fobia como una estructuración del mundo, será la que le permite situarse nuevamente en él; donde el caballo, objeto fóbico tomado aquí como significante, es con el cual Juanito realizará “ensayos sucesivos” (Lacan, 1994: 307). Dirá Lacan que su función más profunda juega el papel de una reja de arado, con la función de refundir nuevamente lo real, de allí podemos concebir su necesidad.

Lo cierto es que ese objeto fóbico, ese significante caballo, viene a funcionar ahí donde el Nombre del Padre aparece insuficiente. Aquí Juanito se inventa un síntoma que pasa a ocupar el lugar de Nombre del Padre, llamamiento al complejo de Edipo, a la sustitución mayor del Deseo Materno por el Nombre del Padre.

El caballo, signo de la mordedura de la madre, será el matema de la relación oral. Lacan apunta a la transformación esencial que libera al niño de la fobia cuando logra transformar la mordedura de la madre en el desmontaje de la bañera. Esa madre tan presente para el niño, es una potencia opaca, amenazadora, sin ley, que va y viene... al simbolizar ese miedo ella entra en un sistema de permutación. Se produce la declinación (aunque no anulación) del valor absoluto de la madre para Juanito, a partir del dominio que progresivamente adquiere sobre ella.

Luego aparece el fantasma del instalador que hará recaer sobre él esta operación de un modo peculiar. Dice Lacan: “Si el complejo de Castración es algo, es esto -en alguna parte no hay pene, pero el padre es capaz de dar otro...” (1994: 334).

Lacan habla de una “atipia terminal” (1994: 348) del recorrido de Juanito, pues el padre se revela carente, incapaz de asegurar una función mediadora como tercero, carencia en el nivel de la encarnación de este significante. Ahí es donde la madre del padre, es la única que logra encarnar esta función en el entorno simbólico de Juanito, en el lugar del Nombre del Padre bien constituido, tenemos un desdoblamiento de la madre, en la madre y la abuela. Es un desdoblamiento de la función materna para suplir la deficiencia de la paterna, el niño se inventa una derivación femenina del Nombre del Padre.

El linaje materno será la invención fantasmática de Juanito en el nivel inconsciente, que lo dejará fijado, en el curso de su existencia, a una creación imaginaria de tipo materno. Y si bien establece la distancia generacional necesaria, no logra que el padre ocupe el lugar que tiene que ocupar. Armará dos generaciones y una doble madre porque tiene que encontrar la legalidad de varón por esa vía. Es decir, la respuesta a la virilidad la encuentra en el recurso a la identificación al ideal materno, cautivo, prisionero de una identificación con el falo en el deseo de la madre.

Es una realización más lograda del tercer tiempo del Edipo, el paso que Juanito no pudo dar; la invención de su oficio da cuenta de su posición viril: vivió fabricando, subiendo a escena, al falo imaginario, observa Lacan, objetando la legitimidad de esa legalidad, siendo el disparador de nuestra investigación el abordar la virilidad de “Juanitos generalizados”, tal como lo pronostica:

Juanito se sitúa en determinada posición pasivizada, y cualquiera que sea la legalidad heterosexual de su objeto,

no podemos considerar que agote la legitimidad de su posición. Se acerca en este sentido a determinado tipo que no les parecerá ajeno a nuestra época, el de la generación de cierto estilo que conocemos, el estilo de los años 1945, esa gente encantadora que esperan que las iniciativas vengan del otro lado —esperan, por decirlo todo, que les quiten los pantalones. En este estilo veo dibujarse el porvenir de este encantador Juanito, por muy heterosexual que parezca (Lacan, 1994: 418)

En esta perspectiva se propone al Dandi como modelo ejemplar. Fue George Brumell —siglo XIX—, quien impuso un estilo de vida en la aristocracia inglesa que llegó a extenderse al resto de Europa. Objeto de admiración y atracción de todas las miradas, hombres y mujeres por igual, dedicando horas a su vestimenta, haciendo del nudo de su corbata un arte... Pero en verdad, ¿qué hace de un sujeto un dandi? Un alguien que sorprende más nunca es sorprendido. ¿Cuál es el brillo que convierte al Dandi en objeto causa?

El Dandi como paradigma de las nuevas virilidades, de este “Último mundo nuevo”, donde el honor, incluso el heroísmo ya no se conquista en los campos de batalla. Brumell no luchó en guerras, nunca trabajó, ni gobernó o legó escritos... Sin embargo, reinó en la aristocracia inglesa alcanzando un renombre comparable al de Napoleón.

En esta mecánica de sorprender al otro, de causarlo, y vivir como prescindiendo del Otro, puede decirse como lo comenta Jaques-A. Miller en su conferencia “Buenos días sabiduría” que el Dandi sabe por dónde anda el deseo del otro.

Remitirnos al dandismo es un recorrido oportuno para aportar luces a lo que se describe como: “La Nueva Virilidad”, consecuencia del declive del Nombre del Padre referenciada en la particular salida edípica de Juanito.

Si la función del Edipo es normativizadora, habrá que seguir a Lacan en su esfuerzo por articular el falo, la castración y el padre, pues allí se despliega la mayor eficacia (o no), de la castración vía Nombre del Padre, en el paso del segundo al tercer tiempo del Edipo. La decadencia de la operatividad del Nombre del Padre implica llegar al segundo tiempo, pero no al tercero de un modo plenamente logrado, tiempo en que un padre, a partir de sostener un No interdictor, habilita al hijo llevarse en el bolsillo las insignias de una posición viril, a nivel del Ideal del Yo.

Dice Lacan:

¿De qué se trata al final de la fase preedípica y en los albores del Edipo? Se trata de que el niño asuma el falo como significante, y de una forma que haga de él instrumento del orden simbólico de los intercambios, rector de la constitución de los linajes. Se trata en suma de que se enfrente al orden que hará de la función del padre la clave del drama (1994: 202)

Este título que se conquistaba con valor de virilidad, no es un título vinculado al falo imaginario; lo que se conquistaba en la eficacia edípica debe entenderse en términos de la posición del amo, cuyo tronco es el ideal del yo: ¿qué soy para el Otro?, dependerá del modo en que el sujeto se haga representar... Esto que comenzó como una teoría del ideal del yo hasta arribar al discurso del amo, como el surgimiento de un modo de vínculo social, que durante siglos sostuvo un fundamento dialéctico muy simple, donde: uno manda y el otro obedece.

Si Lacan en una de sus definiciones sostuvo que el inconsciente era el discurso del amo, fue siguiendo a Freud, puesto que como el amo clásico, que se ganó “en una lucha a muerte por puro prestigio”, ser un significante, ser amo, arriesgando en el acto de su

apuesta sin garantías, su vida por un “ser”, renunciando al goce ya conquistado en la promesa de restituirlo a partir de un plus de goce; notemos que del mismo modo en la trama edípica, un varoncito adquiriría los emblemas del ideal del yo masculino, pasando por una confrontación con el padre, donde se pierde goce, pero se conquista una insignia: la identificación viril, entrando en el orden de la ley, como representante de un linaje que lo pone a la altura de encarnar una función como hombre, ¡tal y como su padre!

Por supuesto, el discurso del amo, como todo orden social tiene sus fallas, pero funcionaba bien como respuesta, como solución para la asunción de la sexuación del hombre. ¿Qué es ser un hombre? Ser un amo.

Una respuesta exitosa que se inscribía en el inconsciente, soy hombre si soy amo. Eso implica haber pasado la apuesta, la pérdida de goce y adquirir la identificación del que manda, con una mecánica que conmina sin garantías a apostar “lo que se tiene”, en pos de un plus de gozar y un significante.

Ahora bien, la caída de esta forma del Otro, en tanto que la declinación en la función del Nombre del Padre es la eliminación progresiva de la posición del amo clásico, y si esta tenía una incidencia decisiva en la asunción de los sujetos en una sexuación... es lógico considerar las graves dificultades que respecto de la ubicación como sujeto hombre se elevan consecuentemente como un nuevo real sintomático, a la hora de ejercer en el plano sexual el abordaje de una mujer; o la asunción de la paternidad; o el de algún *SI* ligado a la figura del amo, en el juego de: a todo o nada.

Las neurosis son el síntoma del discurso del amo, pues no pueden situarse plenamente en dicho discurso, pero que, a la vez, es su referencia. Es que el Neurótico querría ser amo, pero a condición que le garanticen el acto.

Es decir, ser amo sin asumir los riesgos a perder, por más promesa de plus de goce que haya, y así entendemos, rechaza la castración, pero no deja de fantasear con las proezas con que anhela lograrlo. Es un amo sintomatizado, no da el paso, pero el amo es su referencia y la encarnadura del SsS, pues le supone al amo un saber hacer con el goce... pero él, sin garantías, no se anima a ninguna “lucha por puro prestigio”.

Articulemos esta posición de amo, que es donde se supone se realiza la virilidad en su empalme con el ideal del yo: si se es varón, se debe renunciar en la constelación edípica al goce, para conquistar un emblema, adquirir un “ser un hombre”, un pequeño amo al que se le restituirá un goce mayor al renunciado: obtendrá su plus, pero a condición primero de las aventuras y desventuras de volverse un hombre, sin tener en cuenta aún la cuestión con las Mujeres. Primero es hacerse hombre y una vez conquistada su credencial masculina, salir a la conquista de una mujer, como un hombre, hecho hombre.

La decadencia del discurso del amo clásico, a la par de su agente de orden social: El padre, hace que eso así no se transmita más, y las neurosis hoy consisten cada vez más, como una sintomatización generalizada, a la hora de asumir la posición de amo-hombre-padre...

Ya vemos, la castración simbólica consistiría en asumir el no tener el pene a título de símbolo, el pene no califica como significante de una virilidad ni basta como atributo masculino. Si bien esto puede aceptarse, en vez de dar el paso faltante del tercer tiempo del Edipo, se recurre hoy a anclar la nueva virilidad en la dimensión del falo imaginario, identificándose a él.

¿Qué es ser un hombre hoy? La encarnadura del falo Imaginario, como intento de colmar lo incolmable. Ciertamente, tal y como Juanito, hacen una elección de objeto heterosexual, pero su fascinación es por el falo imaginario. Esa posición subjetiva frente

a la castración –homóloga en ese punto a la del homosexual– es solidaria de la decadencia generalizada de la antigua posición viril.

No es por la vía de la identificación al falo imaginario que se sostiene la virilidad, hace falta un paso más en la realización de la castración, pues esta corta de plano la cuestión entre el ser y el tener, y los Juanitos de hoy, con su empuje a lo *unisex*, pretenden hacer del falo imaginario el atributo de su virilidad, y con una determinación tal, que paradójicamente, de la pretensión primera de “tener el falo” se feminizan hasta aparentar “ser el falo”, lo que denota la pérdida de la eficacia cada vez mayor de la operación de castración, a nivel del padre en el tercer tiempo y la administración de un No consistente, en el despliegue edípico.

Entonces no es el pene lo que me califica como significante de mi virilidad, no lo tengo a título de símbolo, ni resulta operativa la identificación al falo imaginario (el tamaño del órgano no suma ni resta a la masculinidad). Es en el tercer tiempo edípico donde se ponen en forma las pruebas vinculadas a la virilidad, conquistando las insignias que la castración deja como trofeo.

Por consiguiente: ¿cuál es la vía de la virilidad más representativa para Lacan?

La que comanda el ideal del yo, que exige la conquista de la posición del padre, contando con lo que otrora contaba aquel para ejercer la metáfora: la potencia de un “No porque No y punto”, sin cuestionamientos, ni debates dialécticos, ni saberes garantes de la verdad como fundamento... en fin, un No vaciado del falo imaginario. Un No porque lo digo Yo. Momento de castración sin garantías, sin Otro, eclipse de lo imaginario, del fantasma...

Convengamos que, para ello, “Hay que poner lo que hay que poner” para estar a la altura del acto que dicha función exige y para decirlo de un modo poco académico, pero suficientemente ilustrativo, y sin olvidar que “Un Hombre es siempre más o menos

su propia metáfora”, lo que otorga valor de virilidad no es tener pene, sino más bien, jugársela.

Se ve poco eso ahora, hoy casi todo es detenimiento, vacilación, angustia, postergación, sustracción... en fin, síntoma en el borde del acto, porque el culto al falo imaginario, hasta ese borde tal vez supo acompañarlos de maravillas, pero indefectiblemente los deja solos.

Eso marca la diferencia entre los hombres de ayer y los fascinantes fascinados por el falo imaginario de la nueva virilidad, con su aspiración al dandismo, brillando fálicamente, siendo ellos causa de deseos... pero ¿de jugársela en un acto sin garantías? Ni hablar.

Bibliografía

- D' aurevilly, B. (1998). “El Dandismo de G. Brummell”. En *El Caldero de La Escuela (59)*. Buenos Aires: EOL.
- Kojève, A. (1969). *La dialéctica del amo y del esclavo en Hegel*. Buenos Aires: Pléyade.
- Lacan, J. (1994). *El seminario, Libro 4: La Relación de Objeto*. Buenos Aires: Paidós.
- (1999). *El seminario, Libro 5: Las Formaciones del Inconsciente* (pp.185-219). Buenos Aires: Paidós.
- (2008). *El seminario libro 16: De un otro al otro*. Buenos Aires: Paidós.
- Miller, J.-A. (1996). “Buenos días sabiduría”. En *Colofón (14)*. Madrid: Paidós.